

reitera, como aconsejando a Suárez y Romero sobre la obra que está escribiendo: «No es, pues, un escrito incendiario, porque no nos falta buena dosis de prudencia y vemos que por desgracia hay que reconciliar extremos opuestos». Ignoramos si Anselmo Suárez atendió al requerimiento de Del Montes y suprimió lo que él consideraba subversivo, mas lo cierto es que en la novela no hay un solo pasaje que independientemente pueda designarse así; esto es, no hay ninguna arenga incendiaria en boca de ningún personaje. Cuando el autor quiere enjuiciar no acude a un segundo: lo hace él mismo sin coberturas, desde el creador de la novela que es. Y lo «subversivo» en *Francisco* está en el conjunto de la obra, no disperso en ésta o aquella escena. Lo está en la leal acusación que hace del régimen esclavista.

Los escritores cubanos —único público isleño que tuvo acceso al original de *Francisco*— acogieron calurosamente la novela incluso antes de que estuviese completada, pues los capítulos pasaban de uno a otro apenas salían revisados de las manos de Del Valle, en una suerte de circulación clandestina. Vieron en ella sustanciada su posición frente a la esclavitud, y asimismo el derrotero que debían transitar las letras cubanas —derrotero que no poco debía a las prédicas de Domingo del Monte, a su infatigable insistencia para que surgiera una literatura autóctona. Acerca de este último punto hay una carta de Félix Tanco a Del Monte que es particularmente interesante por las tesis contextuales que proyecta: «Por mi parte debo decirte que es obra de todo mi gusto —le manifiesta sobre *Francisco*—, y que veo en ella nuestra tierra con todo su horroroso colorido: así es como creo yo que debe escribirse, y no de otra manera que es perder el tiempo. Dejemos la ridícula manía o el error de pintar una sociedad escogida, la sociedad blanca sola, aislada, porque *los negros se destiñen* y ensucian a esa sociedad, y es preciso verla con los tiznes que le deja su roce: es decir, que es necesario, indispensable, ver a los negritos»¹⁶. El autor de las *Escenas domésticas*, briosamente antiesclavistas, que dos años atrás había proclamado: «Los negros de la Isla de Cuba son nuestra poesía y no hay que pensar en otra cosa, pero no los negros solos, sino los negros con los blancos, todos revueltos»¹⁷, exaltaba aquí ahora la incorporación del negro —no importa si en su degradada condición— a la literatura cubana. Milanés, Ramón de Palma, Echeverría elogiaron también la novela, y en 1862 el mejor narrador cubano del pasado siglo, Cirilo Villaverde, le dedicó un

¹⁶ Félix Tanco, carta a Domingo del Monte (sin fecha, pero con seguridad es de mediados de 1839), Centón epistolario, tomo IV, La Habana, 1930.

¹⁷ Anselmo Suárez y Romero, carta a Domingo del Monte, julio 7 de 1839, Centón epistolario, tomo IV, La Habana, 1930.

artículo en la revista *Cuba Literaria*, tan encomiástico que al creador de *Francisco* le pareció «desmesurado». Todos estos juicios acerca del relato de Anselmo Suárez indican la unidad de pensamiento existente en el no menguado número de escritores que hizo su aparición en las postrimerías de los años 1830, pensamiento que era radicalmente adversario del de la aristocracia del azúcar y que ésta repudiaba airadamente por «subversivo» o «incendiario».

Richard Madden, depositario inmediato de *Francisco*, apreció con exactitud la novela que debía llevarse a Inglaterra. «Leí en la noche de ayer —le escribe a Del Monte— la obrita *El ingenio o Las delicias del campo* (títulos ambos sugeridos por Del Monte en sustitución de *Francisco*). Byron dijo que “la verdad era más extraña que la ficción”, y ahora comprendo la frase. Aunque el mérito literario es de poco valor en esta obra, hay vida y verdad en cada renglón. ¡Cómo, por Dios, pudo decir Saco que la esclavitud en Cuba era una suave servidumbre! ¿Por qué un hombre como Saco es capaz de decir algo en lo que no cree con el único fin de desarmar la hostilidad de los hacendados hacia sus ilustradas opiniones? En esta obrita del Ingenio hay minuciosidad en la descripción, una firmeza de observación y una rectitud de sentimiento que no he visto con frecuencia superadas»¹⁸. Ciertamente, Madden apunta con precisión las virtudes de la novela. Las tres señaladas por él —amplitud descriptiva, don de observación, fidelidad del autor a su sentir— son las capitales de la obra y es sobre ellas que se estructura. Sin embargo, dado a escoger entre la *Autobiografía* de Manzano y *Francisco* para su traducción y publicación, se decidió por la primera. Y era lógico que procediera así, pues a pesar de que en la novela de Suárez y Romero hay, como él mismo reconoce, «verdad y vida», son una verdad y una vida literarias mientras que en la confesión de Manzano se trata de una verdad y una vida reales. Como índice acusador del esclavismo el relato de Manzano es mucho más descarnado y lacerante. Anselmo Suárez, a quien Del Monte le confió la revisión de los originales de la *Autobiografía* —tarea que ejecutó con esmero y amor—, no dudó un momento en ser el primero en pregonarlo: «¡Oh, Dios —exclama conmovido después de leer el documento de Manzano—, éste no es mi Francisco, éste no ha sido inventado, esto es cierto...!»¹⁹. Es decir, reconoce la superioridad de lo verídico sobre lo fingido. Pero, por encima de toda distinción artística, lo que más le emocionaba era haber encontrado en el poeta negro un espíritu gemelo al suyo: «Mi corazón, que tanto se hermana con las desgracias de esta clase de cria-

¹⁸ *Ibid.*, carta de agosto 20 de 1839.

¹⁹ *Ibid.*

turas que por haber nacido esclavos se levantan llorando, comen llorando y hasta quizá sueñan llorando, puede Vd. considerar cuánto no se ha habrá dolorido al copiar la historia de Manzano»²⁰. Al enterarse de que Ramón de Palma ha extraviado la segunda parte de la *Autobiografía* se indigna e irónicamente le pide a Del Monte que «de mi parte dele usted las más rendidas gracias por tan eminente y señalado servicio a la causa más noble del mundo y a nuestra escasa literatura»²¹.

Paradójicamente, es Domingo del Monte, la misma persona que había llamado la atención sobre lo subversivo en su novela, quien le critica a Anselmo Suárez el carácter de Francisco, esto es, su mansedumbre, su sumisión, su insólita tolerancia. El escritor acepta las críticas que se le hacen a su personaje y entra en esta consideración: «En efecto, yo trataba de pintar un negro esclavo, ¿y quién que se halla gimiendo bajo el terrible y enojoso yugo puede ser tan manso, tan apacible, tan de angélicas y santas costumbres como él?»²². Para admitir abiertamente: «Francisco es un fenómeno, una excepción muy singular, no el hombre sujeto a las tristes consecuencias de la esclavitud...»²³. En otras palabras, no es un esclavo típico. ¿De dónde, pues, extrajo el escritor el modelo de su personaje? De sí mismo, de su propia persona. Oigámoslo: «... y como mi carácter, digámoslo de una vez, es amigo de tolerar con paciencia las desgracias de este pobre Valle de lágrimas, vine a dotar a Francisco de aquella resignación y mansedumbre cristianas...»²⁴. Pero al mismo tiempo, dotándolo de esas «virtudes cristianas», buscaba enrostrarles a los hacendados blancos que uno de sus esclavos podía ser «mejor hombre que vosotros»²⁵.

Manzano, anulada su voluntad bajo el peso brutal de la esclavitud, suscribirá en cierto sentido el carácter de Francisco cuando en una carta a Del Monte le hace esta tremenda revelación: «... pero acuérdesse smd. Cuando lea que yo soy un esclavo y que el esclavo es un ser muerto ante su señor...»²⁶. De ese sentirse muerto ante su amo puede nacerle a Francisco su docilidad, su sumisión, su inconcebible capacidad para soportar el sufrimiento. La esclavitud tenía el don no sólo de vejar los cuerpos, sino de castigar las almas.

²⁰ Anselmo Suárez, carta a Domingo del Monte, abril 11 de 1839, Centón epistolario, tomo IV, La Habana, 1930.

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Juan Francisco Manzano, carta a Domingo del Monte, junio 25 de 1835, en Obras, La Habana, 1972.

Coba y Gallo, capitanes cimarrones en las montañas de Oriente, y novelescamente el Pedro Arará de *Cecilia Valdés*, son la otra faz de Francisco y de Juan Francisco Manzano; son los siervos que no se sintieron muertos ante sus señores, ni fueron dóciles, mansos, sino altivos, rebeldes, que engrosaron los palenques de fugitivos en montes y lomeríos.

Francisco y la *Autobiografía* fueron redactadas bajo la directriz reformista de don Domingo del Monte; su alcance tenía por frontera la modificación de la conducta del amo hacia el esclavo. Pero como sucede siempre cuando se abre un cuerpo canceroso, la enfermedad revela la inutilidad de todo paliativo. Inútil era que se quisiera mitigar con inocuos remedios el cáncer de la esclavitud. Era preciso extirparlo. Y entre las cuchillas que incidieron en su extirpación están las obras de Anselmo Suárez y Romero y de Juan Francisco Manzano que, por encima de cualquier limitación, han quedado como dos estremecedoras denuncias del sistema esclavista, como dos inestimables contribuciones a «la causa más noble del mundo» en aquel tiempo y en aquella tierra.



El Morro (La Habana)



Un rincón de La Habana